

## La hermosura de Dios

1. Según Santo Tomás (*Summa Theologica*, I, q. 5, a. 4; 39, a. 8), es hermoso lo que produce placer a la vista. Por consiguiente, la hermosura consiste en la proporcionalidad de las partes, en la integridad del conjunto, en la adecuación entre contenido y forma exterior perfecta. Dios es la hermosura, ya que es absoluta proporcionalidad a causa de su simplicidad y absoluta plenitud ontológica. Por eso produce un placer supremo en el que la contempla. *Ps.* 103, 1 y sigs.: «Yavé, Dios mío, tú eres grande. Estás rodeado de resplandor y majestad, revestido de luz como un manto.» Véase también *Sap.* 13, 1 y sigs. y los textos de Atenágoras y de San Gregorio de Nisa del § 73.

2. Dios es la hermosura primordial. Dios, causa creadora y meta final del mundo, es verdad absoluta y personal, bondad absoluta y asimismo hermosura absoluta y personal. En la Creación hay un resplandor de la hermosura de Dios. La hermosura divina es la justificación y el límite de nuestra afirmación de la hermosura terrena. Esta es el esplendor de la realidad creada por Dios, el cual es hermosura personal (*splendor veritatis*). Todas las cosas creadas por Dios son realmente hermosas, porque Dios las ha comunicado hermosura. Se opone a Dios tanto la actitud que autonomiza la hermosura divinizándola, como la actitud que la niega y condena. El pecado ha enturbiado la hermosura de lo creado, pero no la ha destruído. El pecado es la causa de la fealdad. La profanación del mundo ha sido la causa de su desfiguración. Pero también en este mundo puede percibir la hermosura de Dios el hombre de buena voluntad. Dios ha vuelto a santificar el mundo. Cristo ha comunicado al mundo un nuevo esplendor, añadiéndole al que ya tenía antes. La gloria de Dios que resplandecía en el semblante de Cristo se ha extendido sobre el mundo como un rayo de luz hermosa. En la glorificación de la naturaleza humana de Cristo apareció la gloria de Dios con toda claridad, a través de las formas de lo terreno, convirtiendo a éstas en su propia luminosidad. Desde entonces, el mundo está en el resplandor del cuerpo glorioso de Cristo. Sólo el ojo del creyente puede percibir esta hermosura. El creyente ve en realidad un rayo de la gloria de Cristo en todas las cosas.

3. La gloria de Dios que resplandece en el semblante de Cristo y el esplendor divino que Cristo esparce sobre el mundo son el fundamento del arte cristiano. La misión de este arte no consiste en representar objetos y temas de la fe cristiana, sino en hacer visible la gloria de Cristo. Mientras exista la forma actual del mundo, el arte cristiano tiene que consistir en alusiones. Todo lo terreno se encuentra en el mismo camino por el cual tuvo que andar Cristo para llegar a su gloria, en el camino de la Cruz. Cuando el mundo haya llegado hasta el fin de este camino, aparecerá sin velos la gloria de Cristo. Mientras tanto resplandece esa gloria en los objetos, pero se halla al mismo tiempo en un estado de ocultamiento. Por eso, el arte cristiano refleja la gloria y la Cruz al mismo tiempo.

El hombre que carece de la fe sólo ve en el mundo los restos de la hermosura primitiva de las cosas. No puede percibir el resplandor de Cristo, que es de naturaleza totalmente distinta. Pero aún como algo absoluto, a pesar de que no es más que algo provisorio, algo que alude a Dios. La hermosura de las cosas del mundo puede ejercer una influencia verdaderamente diabólica, fascinando al hombre (no sin culpa propia), cautivándola de tal modo, que el hombre se queda detenido en ella, en lugar de tender hacia Dios a través de ella (véase el § 30 y sigs.).

4. Para ilustrar lo dicho vamos a transcribir algunos textos sobre la hermosura de Dios y sobre la hermosura de las criaturas. San Agustín dice: «Por todas partes encuentra dolor el alma del hombre que no te posee a ti, en todas partes—fuera de ti y de sí misma—, aunque se detenga en las cosas más hermosas. Pues éstas no serían nada si no estuviesen en relación contigo. Todas nacen y desaparecen. Comienzan a ser, crecen y alcanzan un estado de perfección, y una vez alcanzado el estado de acabamiento empiezan a envejecer y desaparecen. Y lo que nace tiende hacia el ser—y cuanto más prisa se da por ser, con tanta más rapidez tiende hacia el no ser. Esta es la ley de su existencia. Este es el límite que tú les has puesto... ¡No seas loca, alma mía! No permitas que tu corazón oyente sea aturdido por el bullicio de la locura... Si encuentras cuerpos que te gustan, alaba a Dios por ellos y dirige tu amor hacia su creador para que tu gusto no la disguste. Si encuentras almas que te gustan, ámalas en Dios, porque también ellas son inconstantes y sólo en Él pueden encontrar un fundamento firme; de lo contrario se escaparían y llegarían a perderse. En Él has de amarlas, y arrastra tantas como puedas contigo hacia Él, y habla con ellas de la siguiente manera: amemos; Él es el que ha creado todo esto y no está lejos de ello. No lo creó, apartándose luego; todo lo que viene de Él sigue existiendo en Él. Piensa que es Él el lugar donde se puede gozar la verdad: está en lo más íntimo del corazón, pero el corazón se ha apartado de Él. Convertíos, infieles, y emprended el camino hacia vuestros corazones, y entregaos a Él, que os ha creado. Si fundáis en Él, tendréis fundamento fijo; descansad en Él y encontraréis descanso? ¿A dónde vais por el desierto? ¿Hacia dónde os dirigís? El bien que amáis, viene de Él; pero sólo en Él hay bondad y dulzura, y todo lo que viene de Él se convierte en amargura, como es justo, cuando no se ama debidamente, cuando se ama con un amor infiel. ¿Por qué corréis por vuestros caminos llenos de penalidades y dificultades? El descanso no está allí donde lo buscáis. En la cercanía de la muerte buscáis la vida bienaventurada; no está ahí. ¿Cómo iba a estar la vida bienaventurada en un lugar donde no hay vida?... En aquellos tiempos yo no sabía

esto. Yo sólo amaba hacia abajo, las cosas hermosas, e iba cayendo en lo profundo y decía a mis amigos: ¿No es acaso la hermosura lo que nosotros amamos? ¿Pero qué es la hermosura? Lo que nos atrae y nos une con las cosas que amamos. Pues no nos atraerían si no tuviesen buenas formas y careciesen de gracia... Pero yo no veía la raíz de toda la grandeza de tu arte y de tu hermosura, oh Dios mío todopoderoso» (*Confesiones*, lib. 4, cap. 10-13; véase l. c. lib. 4, cap. 16).

En uno de sus sermones sobre la infinitud de los atributos divinos, Newman expone cómo la hermosura divina es a la vez fundamento y relativización de toda la hermosura terrena (*Obras escogidas*, ed. por Laros; *Sermones del tiempo cat.*, trad. por E. Zimmer, 1924, 117-119).

Lucie Christine escribe lo siguiente (J. Bernhart, *Der stumme Jubel*, páginas 71-76): «Inmediatamente el Señor amado me descubrió su hermosura suprema, y mi alma quedó perdida en ella. En ella vi toda la hermosura creada. Vi allí la hermosura espiritual, la profundidad del pensamiento... el vuelo rauda del genio, la inspiración del arte... Vi la hermosura moral, el resplandor de lo bueno y puro. Vi la hermosura visible de la Creación: la hermosura del orden, de las proporciones, de la inmensidad; la hermosura de la armonía, de la forma y del color. No sé si puedo expresarme bien; pero todas estas cosas no las vi en sí mismas, tal como las vemos de ordinario, porque en aquel tiempo no era ni siquiera capaz de pensar en ellas; las vi más bien en su origen divino, y esto no es sino la hermosura divina. Yo vi esta infinita hermosura, la vi a ella misma, independientemente de todo lo que ha creado; pero yo no sería capaz de decir lo que es, pues, yo contemplaba y adoraba, sin comprender. Esto es todo lo que puedo decir: El alma conoce las propiedades de la fuente divina en las obras que emanan de ella, pero percibe con toda claridad que las obras pueden darnos una idea precisa de la fuente. Percibe que la hermosura increada derrama algo de su magnífico esplendor sobre las criaturas, y ve que Dios es en cierto modo la hermosura de lo que consideramos como hermoso. Esto es ya de por sí una visión admirable. Pero al mismo tiempo se revela al alma en la esencia divina misma aquella infinita hermosura, incomparablemente superior a la hermosura creada, a modo de resplandor indescriptible. Aquí se halla la cima de este misterio; arrebatada el alma, y las fuerzas de ésta, sobrecogidas de admiración, quedan paralizadas ante él.

No es la primera vez que el Señor se ha dignado concederme la visión de la hermosura divina, pero lo mismo que ahora nunca he podido describirlo adecuadamente. Y además, tengo una cabeza tan dura y dispongo de una sensibilidad tan extraordinaria para percibir lo hermoso que me conviene que el buen Maestro grave en mi alma los rasgos de la hermosura divina. Por eso todo lo que pertenece a la hermosura creada sólo ha de rozar mi corazón, sin dejar en él huella alguna que realmente se refiera a la criatura. Según mi parecer, el amor de la hermosura puede y debe conducir hacia Dios a través de tres estadios. En primer lugar ha de contribuir a que la parte superior del alma domine sobre la inferior; en segundo lugar nos enseña a adorar a Dios tal como se ha revelado en sus obras; por fin y en tercer lugar, gracias a ella las criaturas han de convertirse en un velo a través del cual aparece el Creador. Por desgracia, en su peregrinación desde lo creado hacia lo increado mi alma apenas si ha conseguido más que traspasar el primer estadio. En tiempos pasados,

todas las cosas hermosas que descubrían mis ojos me entusiasmaban apasionadamente y arrebatában mi alma. Cuando vi por primera vez el mar y la costa no pude menos de derramar lágrimas. Frecuentemente pasé allí horas enteras y contemplaba toda esta inmensidad; no podía expresar mis sentimientos, y los que me acompañaban me tachaban a causa de mi silencio. La música fué para mí una verdadera pasión, y todavía más el estudio; a ocultas he hecho muchas locuras por los dos. No me cansaba nunca de admirar las obras maestras a pesar de que no dispongo de capacidad alguna en lo que concierne a la pintura. No podría encontrar expresión alguna que fuese capaz de revelar el fuego con que lo hermoso inflamaba mi imaginación, y no consideraba como perjudicial este desenfrenado entusiasmo; al contrario, me entregaba a estas cosas con todas las fuerzas de mi voluntad. Mi alma desdichada se apartaba de ellas con el sentimiento del vacío y de la insuficiencia, pero precisamente por eso se lanzaba siempre de nuevo con energía ardiente hacia el ideal que tantos peligros encerraba para ella. Si hubiera anhelado menos lo hermoso quizá me habría contentado con las cosas visibles; pero lo mismo que el corredor, en el desenfreno de la carrera, va más allá de la meta, así mi alma se lanzaba hacia lo hermoso apenas lo había divisado y seguía buscando más allá de las cosas hermosas. Pero más tarde—guiado por un conocimiento que merece más fe que el mío, supe que esta tendencia de mi alma hacia lo hermoso e ideal me había preparado, sin que yo me diese cuenta de ello, a entrar en el camino por el cual Dios quería conducirme. Así viví hasta que llegó el día en que la primera llamada sobrenatural de Dios hizo que me entregase totalmente a Él... Los ojos de mi alma se abrieron y comencé, ¡oh Dios mío!, a sentir la alegría producida por tu hermosura patente en las cosas santas. En el Evangelio, en los salmos, en los ritos de la Iglesia descubrí un sentido y encanto divino antes relativamente encubiertos. Después, sólo elevé hacia ti la vista que has dado a mi alma para que pueda contemplar y admirar. Donde quiera que veía lo hermoso te buscaba a ti, Dios mío, y te he encontrado en todas partes. A todas las criaturas he preguntado por ti, y todas me han contestado: Aquí está Él. He preguntado al mar por ti... Me ha dicho que estás en sus abismos y haces que en su seno surja la vida. He preguntado por ti a sus costas acantiladas, y su orgullosa grandeza me ha contestado: Está aquí. Te he encontrado en la espesa sombra de los bosques; te he visto pasar en la rapidez del rayo, te he sentido en la lejana voz del viento, en el bramido del trueno y en el estruendo de la tormenta, y mi corazón no ha temblado, pues eras tú el que allí estaba. Te he saludado en las primeras horas del alba y en las horas del crepúsculo vespertino; te he sorprendido en la frescura del valle y en el suave murmullo de la fuente solitaria he oído tu voz. He reunido como en un collar los sonidos que miles de pequeños cantores entonan para alabarte. Mis ojos atónitos te han visto cuando diriges la vida inquieta del insecto, y con admiración ha descansado mi vista contemplando los misterios que tu sabiduría ha puesto en la vida de una flor...

He sentido tu presencia en la actividad misteriosa de las fuerzas naturales, en aquellas horas en que el calor rico y pesado parece adormecer la tierra, mientras que miles de ruidos casi imperceptibles llegan a nuestros oídos... Ahí están los gérmenes que empiezan a abrirse, las flores que abren sus pétalos, los seres diminutos que llaman y contestan en un rayo de sol.

## MICHAEL SCHMAUS

Y, cada uno en su lenguaje, todos dicen lo mismo: Aquí está Él... Alabado sea Dios. He visto también, Señor, cómo la mirada de tu misericordia resplandecía en la luz de las estrellas, y su número y la inmensidad de sus distancias ha dejado de producir en mí sentimientos de terror, sino que han invitado mi alma a elevarse hasta su infinitud. Por fin te he contemplado en tus más perfectas palabras, en tus santos; he oído el himno que entonan en tu honor el heroísmo, el genio, la elocuencia, la ciencia y las artes. Te he visto, Jesucristo salvador mío, en la persona de los pobres, ancianos y desventurados; llevan el nombre noble que has dado a todo lo que sufre y llora. Te he buscado en la fuerza, en la inteligencia y energía de la juventud y de la edad madura, y temiendo encontrar desfigurada o mal conocida tu imagen, he seguido buscando y he buscado en obras y te he encontrado, Dios mío, en lo profundo de la mirada infantil... Así es, ahí estás tu presente, en el alma que nunca te ha causado tristeza; tú eres el encanto oculto que nos atrae en los seres inocentes, sola su debilidad no bastaría para despertar en nosotros tanto interés. Tú eres el que aparece en sus ojos puros, y tú reinas en estas almas donde todavía no ha entrado el pecado, sin tener que compartir con otro tu morada. Este es el primer cambio que Dios produjo en mi alma, pero no era suficiente. Pronto empecé a sentir algo extraño, extraño para mí por lo menos. Todo lo que había admirado antes seguía pareciéndome tan hermoso como en tiempos anteriores, pero no me producía la misma alegría. Todo desapareció en mi alma cuando penetró en ella la mirada divina, lo mismo que las estrellas desaparecen en la luz del sol.»